

LOS PARTIDOS POLITICOS

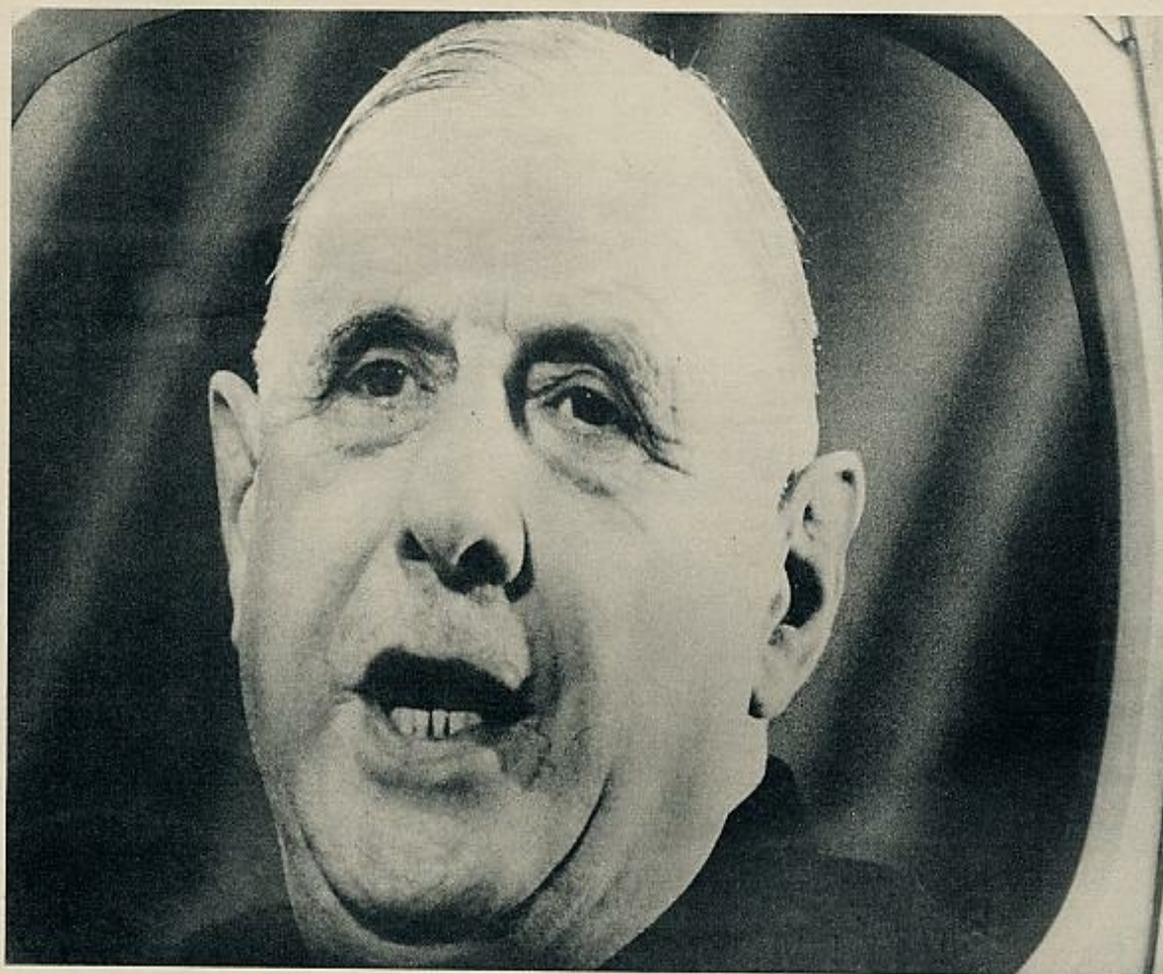
UNA vez más el Presidente de la República francesa, general De Gaulle, durante una conferencia de prensa (que fue un prodigio de calidad profesional política), situó al pueblo francés ante un dilema que le es grato evocar. El país, según él, no tiene más que dos salidas posibles: la que él mismo ofrece con su régimen personal de lentas y espectaculares audacias, o la pura y simple catástrofe. El marasmo. Una vez más ha hecho la definición del marasmo: el regreso a los partidos políticos. Es un dilema en el que en general se encuentran casi todos los países de nuestra época de transición: o aceptan una autoridad personal, jerarquizada, con todos los problemas que puede presentar esa situación, o se prestan al juego, hoy considerado como inquietante, de los partidos políticos. Para la Francia de estos momentos el problema aparece con una mayor acuidad dolorosa. Se está desarrollando una pre-campaña electoral —las elecciones legislativas deben celebrarse en marzo— y es natural que cada sector —incluyendo al propio general De Gaulle— insista en la urgencia de resolver el dilema. El poder personal parece, en Francia, indisolublemente ligado a la figura del general; pero el general, por razones puramente biológicas, ofrece más que nadie la posibilidad del marasmo, es decir, la «gradual consunción del organismo, sea por edad avanzada (marasmo senil) o por enfermedades crónicas muy consuntivas». No es su caso hoy —la conferencia de prensa le mostró vivo, mentalmente ágil, de una excelente profesionalidad política— pero su futuro próximo está hipotecado por la edad (setenta y seis años el 22 de este mes). Su política, más que discreta, secreta («El prestigio debe ir acompañado del misterio, porque se reverencia poco lo que se conoce demasiado bien», escribía De Gaulle en «El filo de la espada»), basada en sorpresas, originada muchas veces en antiguas cuestiones personales, ha conseguido que en este momento de su apogeo no tenga en torno suyo más que silenciosos admiradores, parcos y prudentes reflejos de sí mismo: el talento político, si lo tuvieron o si lo tienen aún, no aparece en público. Su mayor parte debe estar empleado en sostener ambiciones futuras, en urdir maniobras de sucesión o simplemente de sostenimiento para cuando llegue el tiempo en que la gran sombra protectora no se proyecte sobre ellos. Este Presidente es efímero; su monarquía se le va de las manos y no tiene un heredero que ofrezca al menos una equivalencia. Sin embargo, no cesa de advertir al país que la otra salida, la salida de los partidos políticos, es una catástrofe. Pero, en los tiempos de los partidos políticos, en Francia hervían los talentos, o por lo menos los hombres capaces de gobernar. En los años de la cuarta república (1946-1958) aparecían Pinay o Mendes-France, Guy Mollet o el mismo fugitivo y errante Bidault, que tuvo sus años buenos. Estos y otros muchos nombres se han quemado hoy, unos consumidos por la larga estancia en la oposición sin esperanzas, otros destrozados por la propia maquinaria del régimen en que han querido participar de buena fe —Pinay, Bidault, Soustelle; el mismo Malraux, Edgar Faure— sin advertir que la partitura de ópera de la constitución de 1958 no ofrecía voz más que a un solo tenor. La Constitución de 1958 estaba cortada, como un traje, a la talla personal de De Gaulle, que es poco común en todos los sentidos; difícilmente le servirá a otro. Era un instrumento básico para la institucionalización del régimen recién creado pero, a pesar de los excelentes deseos de sus redactores, le faltaba previsión de futuro. Quince artículos de ella definen el papel del Presidente de la República: guardián de la constitución, de la independencia nacional y la integridad del territorio, árbitro de los poderes públicos, encargado de nombrar al primer ministro —y, por su propuesta, a todos los miembros del Gobierno—; capacitado para consultar al país por referéndum, para disolver la asamblea nacional. Un artículo (el 16) le permite asumir personalmente todos los poderes cuando hay amenaza para «las instituciones de la República, la independencia de la nación o la integridad del territorio». El Gobierno, a su vez, goza de mayores poderes que en constituciones anteriores: no necesita ser ratificado por el Parlamento, no puede ser derribado por una moción de censura, puede utilizar el sistema de bloqueo de votos para oponerse a las enmiendas parlamentarias a sus propias leyes. En resumen, como el propio De Gaulle ha dicho, esta constitución rompe con la tradición parlamentaria francesa y entrega la autoridad política al Presidente de la República. Un referéndum posterior introdujo

una modificación por la cual es el pueblo —y no el Parlamento— el que elige al Presidente por sufragio directo, y este Presidente tiene ante sí un mandato de siete años. En su virtud, De Gaulle gobernará hasta 1972; es decir, hasta los ochenta y dos años de edad.

No puede decirse que De Gaulle sea un dictador. Hay muchos matices que le separan felizmente de los ejemplos clásicos de dictador. Es un autócrata moderado. Pero no es voluntariamente moderado. La constitución le da poderes para serlo de una manera ilimitada, y con la suficiente hipocresía como para ser un dictador demócrata —puesto que los partidos políticos siguen existiendo, la asamblea reuniéndose, las elecciones celebrándose, aunque todo ello sin mayor significación nacional—. El instrumento que ha creado puede ser un día utilizado por otro hombre menos pulcro, de la derecha o de la izquierda. Es decir, la constitución de 1958 es una base legal para la dictadura, que puede ser utilizada en cualquier momento de la vida del país. Este es uno de sus más graves riesgos. Hasta ahora, hasta esta Constitución, la tendencia consistía en que las normas institucionales estuviesen redactadas de forma que el poder no pudiese caer en tentaciones de exceso. Esa tradición liberal y democrática se ha roto.

La alternativa a esos riesgos es el regreso al parlamentarismo y a los partidos políticos. Es decir, con frase de De Gaulle, al «marasmo de antaño», al «juego estéril» de la política. Estas expresiones son eficaces desde un punto de vista de campaña electoral porque, en efecto, hay en Francia y en el mundo como una especie de condena general a los partidos políticos. ¿De dónde procede esa idea? Si se hiciera un psicoanálisis de la sociedad, de las ideas yacentes en la sociedad, encontraríamos, probablemente, que la idea de desprestigio de los partidos políticos comienza con la aparición de las doctrinas del fascismo y del nazismo. Los antecedentes en esa época se encuentran con facilidad. Hitler decía: «Nuestros problemas políticos aparecen muy complicados. El pueblo alemán no puede enfrentarse con ellos. En esas circunstancias, preferían dejarlos en manos de los políticos profesionales para que les saquen de esa confusión. Pero yo, por otra parte, ofrezco los problemas simplificados y reducidos a los términos más esenciales. Las masas lo advierten y me siguen a mí» (Entrevista con Bertrand Jouvenel, «Paris Midy», 21 de febrero de 1936). Y decía: «Un hombre que es capaz de sentir la llamada de su deber en una hora como ésta no es responsable de las leyes de uso parlamentario o a cualquier concepción democrática, sino únicamente a la misión que ha descendido sobre él. Y cualquiera que interfiera esa misión es un enemigo del pueblo» (Discurso ante el Reichstag, 20 de febrero de 1938).

En general, la crítica que se dirige contra los regímenes de diversificación de partidos es la del «desmigajamiento» de la opinión. Se teme (desde el punto de vista de los unitarios) que los partidos perjudiquen la unidad de acción. Desde el punto de vista contrario se acusa a los regímenes sin partido o con partido único —lo cual es ya una contradicción en sus términos, puesto que no se puede ser al mismo tiempo «parte» y «todo»— de ahogar las opiniones contrarias, incluso las opiniones matizadas dentro del propio partido o del propio régimen, y de caer en el inmovilismo. En realidad hay un mito de la unidad como un mito del partidismo. El mito de la unidad parte de la idea de que hay doctrinas perfectas, que no se pueden mejorar. Una doctrina, un esquema político, no puede ser perfecto más que para un momento dado —si lo es—; si sus ideas se convierten en dogmas, perderán la agilidad necesaria para adaptarse a las variaciones continuas del medio en que actúan —como consecuencia de los datos variables: demografía, economía, progresos de la técnica y la ciencia, política internacional, etcétera—. Todas las críticas del prefascismo o del prenazismo contra los partidos políticos, que han recuperado hoy su actualidad en el campo que seguimos llamando demócrata, se basan en este terror a la disolución nacional que aparece en los regímenes parlamentarios. El peligro suele ser mucho más aparente que real. Habría que volver a recuperar la idea perdida de que las diferencias de opinión, las luchas de ideas, los dramáticos encuentros parlamentarios —aún con su énfasis de espectacularidad oratoria—; incluso sus aspectos más alarmantes, como son las crisis gubernamentales, o las disoluciones de Parlamentos, o las más ásperas campañas electorales, no son elementos negativos en sí. Por el contrario, contienen en germen



**Por
EDUARDO
HARO
TECGLLEN**

De Gaulle se alza contra los partidos políticos, contra el «desmigajamiento» de la opinión, como él lo llama. La cuestión de los partidos políticos se ha puesto en candilero en muchos países. ¿Qué son los partidos? Haro Tecglen analiza en este artículo el problema.

muchos vehículos de progreso. Para algunos científicos, ésta es una verdad que tiene carácter axiomático. Me refiero a sociólogos de base biológica, como Ardrey, como Petter, como Wynne-Edwards. El etnólogo Petter inventó el término "noyau" (núcleo) para aplicarlo a «la sociedad de antagonismos internos» como base para la convivencia. El profesor Wynne-Edwards ("Animal dispersion in relation to social behaviour", 1962) definía la sociedad como «una fraternidad de rivalidades templadas»: «Puede definirse una sociedad como un grupo de individuos que compiten por premios convencionales, valiéndose de medios convencionales». Para Ardrey ("The territorial imperative", 1966) esta idea del «noyau» como sociedad «unida por la animosidad recíproca más que por la cooperación mutua», se encuentra en las políticas de muchas naciones y pone como ejemplo a la Italia pluripartidista.

Pero el problema esencial de nuestro tiempo es saber qué representan, o a quién representan los partidos políticos. ¿Unas clases económicas? ¿Unas ideologías puras? ¿Unas actitudes sociales? A mi juicio, una de las cuestiones que más contribuye a la inseguridad, con respecto a los partidos políticos, es la dificultad de encontrarse plenamente representado en ellos. Contra lo que presentan los filósofos aterrados a principios de siglo por el despertar de las masas —o por la rebelión de las masas, como escribió Ortega, uno de los sustentadores de este terror— la masificación no se ha producido en el sentido de creación de una masa amorfa e instintiva, sino en el de dar mayor sensibilidad a sus miembros. El aumento de información y de educación, las diferencias de nivel creadas en las sociedades llamadas occidentales por la acción de dos fuerzas contradictorias pero conjugadas, como son el capitalismo y el socialismo, ha contribuido más a la individualización que a la masificación. Los países comunistas no se han quedado exentos de esta corriente. El individuo menos matizado se encontraba relativamente a gusto dentro de un partido político que definía, sobre todo, sus últimas motivaciones; el individuo de hoy requiere más concesiones personales. En ese sentido se ha llegado a exageraciones, como en los Estados Unidos, donde cada representante, cada senador, recibe continuamente miles de cartas de sus electores, pidiéndole cada uno de ellos que actúe en el sentido que personalmente le conviene. En 1957 todavía Jeanne Hersch ("Idéologies et réalités") podía dividir el país en cinco grandes grupos: fascista, comunista, liberal-conservadora, demócrata-progresista y socialista. Cualquier intento de inventariar los grupos y los partidos políticos de la Francia de hoy, requeriría más páginas de las posibles.

Hay hoy una tendencia considerable en los partidos que representan grandes ideologías básicas a recuperar su unidad, su conciliación. No lo consiguen fácilmente. El partido socialista francés se ha reunido en Suresnes —al día siguiente de la conferencia de De Gaulle— para tratar de encontrar esta unidad perdida y no lo ha encontrado. No la ha encontrado, como tampoco la puede encontrar la «Federación» formada por Guy Mollet, para recuperar un sentido de la izquierda, porque la busca esencial es la de una fórmula unitaria electoral, y no la de una ideología común. Es decir, porque los partidos políticos y los grupos dentro de los partidos luchan consigo mismo en este trágico dilema de ofrecer el aspecto de unidad que requiere la idea yacente y mantener, al mismo tiempo, la posibilidad de matizarse.

Ardrey ha citado muy bien a Italia como ejemplo del "noyau" donde la cohesión se mantiene por esa especie de «rivalidades templadas». Un diputado, Gonella, ha hablado hace algún tiempo del «mestizaje político» como de una posibilidad de mantener unidades de partido, y coaliciones entre partidos, sin perder la rivalidad. Cada partido tiene «alas» extremas que en realidad deberían estar inscritas en el partido vecino. La democracia cristiana celebró en 1961 un congreso de «verificación ideológica» para tratar de aproximar las alas al centro. «Como los partidos tradicionales no están constituidos en función de las tareas de hoy, no hay que asombrarse de que cada vez que se plantea un verdadero problema su planteamiento divida a los adherentes de los partidos y que las amenazas de escisión sean constantes. Puede llegarse a decir que hay una señal que no engaña: cada vez que un partido se divide es que se ha enfrentado con un verdadero problema» (Jeanne Hersch, ob. citada). Sin embargo, esta continua obra de división y reconciliación, de ruptura y agrupación de que da muestra la Italia post-fascista, puede ofrecer un excelente contrapeso al mito de la unidad autoritaria de Francia: los dos países han progresado espléndidamente en economía y en nivel de vida, con la diferencia de que el progreso intelectual y artístico de Italia ha sido superior al de Francia. Esto no es un puro detalle: es una muestra de fecundidad ideológica y de garantía para el futuro, lo cual, como antes se ha visto, no está tan claro para Francia. Incluso las posibilidades de coalición son mayores. El partido socialista italiano que acaba de reunir sus dos facciones dispersas —la de Nenni y la de Saragat— ha tenido más suerte que el francés. No quiere decirse que esta alianza sea duradera, ni tampoco que dure mucho tiempo el Gobierno de coalición centro-izquierda. Pero, probablemente, serán sustituidos por otra fórmula, y esa fórmula será más larga que la vida de De Gaulle.